

XVIII

RE  
LA  
TOS  
C  
RTOS

T i e r r a   d e   M o n e g r o s  
2 0 1 6

RE  
LA  
TOS  
CORTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s  
2 0 1 6



**PREMIO DE RELATOS CORTOS**

**LOS MONEGROS**

**2016**



Edita:

Instituto de Estudios e Investigación de Los Monegros

Avda. Fraga, s/n. 22200 Sariñena

E-mail: [ieim@monegros.net](mailto:ieim@monegros.net)

Depósito legal: HU. 330/2016

Imagen portada: Ventana del monasterio de Santa María de Sijena

Fotografía: Isaías Fernández

Web relatos cortos:

[www.losmonegros.com/sitios/relatos](http://www.losmonegros.com/sitios/relatos)

Componentes del jurado:

Jesús Brau Grasa

Cristina Grande Marcellán

Miguel Ángel Ordovás Mateo

José Ángel Sánchez Ibáñez

Óscar Sipán Sanz

## ÍNDICE

---

**PRESENTACIÓN** 7

**1.º PREMIO**

*Pablo Escudero Abenza*

**“El cerradura”** 9

**2.º PREMIO**

*Ricardo Martí Ruiz*

**“Achaques”** 27

**MEJOR RELATO MONEGRINO**

*Miguel Pereira Rodrigo*

**“Instrucciones para morir por amor”** 49



## Presentación

Más de 500 escritores participaron en la XVIII edición del Certamen “Tierra de Monegros”, cuyos relatos ganadores se reúnen en esta publicación. De orígenes diversos, con más de una veintena de nacionalidades diferentes, les une a todos ellos su amor por la literatura y el haber hecho posible, un año más, que Los Monegros se conviertan en centro de atención cultural con repercusión internacional. Enhorabuena a los ganadores quienes, con sus obras literarias contribuyen a la difusión de la cultura en torno a Los Monegros y también al jurado, cuya sabia decisión y labor quiero reconocer y agradecer de forma especial, puesto que supone una gran responsabilidad elegir a los mejores entre medio millar de relatos, aplicando criterios de objetividad y de justicia y, de nuevo, en esta edición lo han logrado.

El género literario del relato corto, que sabe condensar de forma breve lo mejor de una historia, cuenta con una dificultad añadida. Su extensión es inferior a una novela y, por ello, esta forma narrativa debe sintetizar lo más importante y resaltar aquellas situaciones que son esenciales para el desarrollo de la trama. El buen relato lo podemos comparar con la mejor esencia contenida en un pequeño formato. En este sentido, Winston Churchill decía: “Me resulta muy fácil escribir un discurso para hablar tres horas y que no diga nada. Lo verdaderamente complicado para mí es redactar un discurso para hablar cinco minutos y que diga todo lo que quiero transmitir”. Si en una novela el escritor puede ahondar en descripciones,



en personajes y en detalles, en un relato se busca un mayor impacto, con menos palabras. Además, es necesario un argumento interesante que atraiga desde el primer momento la atención. Estoy seguro de que los tres relatos ganadores de la XVIII edición del “Tierra de Monegros” van a cumplir con creces estas características y que captarán el interés del lector desde la primera línea. Disfrútenlos.

**Rafael Uriol Ardanuy**

*Consejero Comarcal de Educación y Cultura*



**PRIMER PREMIO**

**El cerradura**

Pablo Escudero Abenza



## Pablo Escudero Abenza

Nacido en Orihuela (Alicante) en 1984. Licenciado en Ciencias Físicas, se gana la vida enseñando matemáticas a adolescentes. Tiene un hijo de tres años al que lee historias de la mitología clásica y pasajes de *Moby Dick*. Abandonó un máster en Literatura Comparada. Si alguna vez termina su TFM, este versará sobre *La (escasa) influencia de la mirada kafkiana en la narrativa breve española*. Cinéfilo y lector empedernido desde la más tierna infancia, algunos de los autores a los que siempre vuelve en busca de consejo son Roberto Bolaño, Mario Levrero, Franz Kafka, Don DeLillo, Julio Cortázar, David Foster Wallace o Rodrigo Fresán.

Alterna novela y relato, aunque siempre vuelve al relato, porque lo siente su verdadera casa. Hace más de diez años que escribe con regularidad y en ese tiempo ha recibido el reconocimiento en varios certámenes, entre otros el Premio Ciudad de Alcalá de Narrativa (2011), Certamen de Creación Joven de Narrativa Injuve (2011), Certamen de Jóvenes Talentos Booket – Ámbito Cultural (2008 y 2013), el Certamen de Relato Corto El Fungible (2013), el Premio Manuel Llano de Libro de Cuentos (2015) o el Premio Helénides de Salamina (2016).

En 2015 apareció su primer libro, *Beber durante el embarazo* (2015), una colección de relatos publicada por la editorial Baile del Sol.

Esa misma editorial ha publicado en 2016 su primera novela, *Mil dolores pequeños*, que fue finalista del XX Premio Letras de la Universidad de Sevilla.

También en 2016 ha aparecido *Desórdenes*, una colección de relatos ganadora del Premio Manuel Llano, editada por Tantín.

Tiene terminada otra colección de relatos que revisa incesantemente, y dos novelas breves que viven en la incertidumbre de saber si algún día serán publicadas. Actualmente está escribiendo una novela larga y un libro de muy difícil clasificación, además de continuar con los relatos, que siempre le ayudan a concretar ideas y por lo tanto a mantener la cordura.

Mantiene un blog que casi nadie visita, <http://cuentospendientesre.blogspot.com.es/>, en el que comenta lecturas e ideas literarias, y está abierto a recibir la opinión de sus improbables lectores a través del email [elsonidodeunapalmada@gmail.com](mailto:elsonidodeunapalmada@gmail.com).

## El cerradura

Pablo Escudero Abenza

*Sin embargo, el corazón enfermaba al correr a toda velocidad hacia el pasado, hasta los mismos rostros del colegio, abotagados ya como los de los ahogados, en cuerpos crecidos en exceso y larguiruchos, volver otra vez a todo aquello de lo que con tantos esfuerzos se había tratado de huir antes, para encontrarlo desmesuradamente inflado.*

**Malcolm Lowry**

En todas las pandillas había un niño como él: Sin deberes del colegio, sin recados que hacer, sin hora de vuelta. Casi sin nombre. Como si fuera un fantasma y nosotros supiéramos desde el principio que era un fantasma y que solo podríamos verlo durante un tiempo. Con los que eran como él asumíamos (o lo asumimos ahora que somos mayores y creemos que sabemos más de la vida) que si la amistad generalmente es efímera, en su caso iba a serlo mucho más.

Hacíamos nuevos amigos todos los veranos y luego los perdíamos de vista. Nosotros mismos éramos los

que aparecíamos y desaparecíamos rápidamente cuando algún verano nuestros padres nos llevaban durante un mes a la playa. Había niños que venían nuevos a nuestra clase y tenían algo especial. Todos nos esforzábamos durante nueve meses en ser sus amigos y que algo de su aura se nos pegara. Pero luego desaparecían en junio y los demás nos quedábamos donde siempre, sin un aura demasiado atractiva, sin más mérito que resistir.

No sabíamos muy bien dónde lo habíamos conocido, ni cuándo. Simplemente empezó a sentarse con nosotros en el parque a planear las aventuras de la tarde. A veces nos pedía un trozo de nuestro bocadillo o nos ofrecía un cigarro robado de algún bolso despistado y nosotros le dábamos una calada y nos atragantábamos con el humo.

Nos dijo su nombre pero lo olvidamos casi inmediatamente. “Cerradura, podéis llamarme cerradura”. Y así se quedó. A su padre también lo llamaban cerradura. Nuestro cerradura abría cualquier puerta en pocos segundos. Con unos pocos alambres. Eso le daba un potencial importante para que lo quisiéramos a nuestro lado y le tuviéramos admiración. Era el superpoder que podía ofrecernos.

Su padre, el otro cerradura, el mayor, estaba en la cárcel. Por abrir puertas de pisos y tiendas. Aunque él no nos hablaba de su padre. Nos hablaba de su madre, y poco, y de un hermano mayor con hechuras de futbolista que había estado a prueba en el Espanyol de Barcelona a finales de los ochenta pero nunca había llegado a nada.

Él nunca presumía de esas condiciones de salvaje libertad, pero nosotros lo envidiábamos. Envidiábamos

que su madre no le advirtiera de los innumerables peligros que le acechaban cada vez que ponía un pie fuera de su casa, que nadie lo mandara llamar si pasaban las diez de la noche y no había vuelto a cenar, que su respuesta a la pregunta de “¿quieres ...?” nunca fuera: “no, no puedo, no me dejan”.

A nosotros nos parecía que prácticamente no podíamos hacer nada. No podíamos ir solos a la piscina del pueblo de al lado. No podíamos subirnos a los árboles y saltar desde ellos. No podíamos fumarnos las colillas que nos encontrábamos en el suelo. No podíamos montar en bicicleta sin casco cuando se hacía de noche. No podíamos aceptar las golosinas que los desconocidos nos ofrecían en la puerta del colegio. No podíamos comer con un poco de vino. No podíamos colarnos en las casas abandonadas. No podíamos robar chucherías en un descuido de la tendera. No podíamos levantarles la falda a las niñas para verles las bragas a la hora del recreo. No podíamos quedarnos viendo la televisión hasta tarde y teníamos que irnos a dormir repentinamente si a nuestros padres les parecía que una escena era violenta o explícitamente sexual.

Yo no podía ni ir a la sala de recreativos a matar marcianos y a liarme a hostias con guerreros de artes marciales de incongruente musculatura de culturista. Mis padres me habían dicho que allí solo se juntaban macarras y porreros y que no me detuviera en la puerta. Yo ni siquiera entendía muy bien lo que era ninguno de esos dos grupos. El cerradura, en lo que yo entendía del mundo, no era ninguna de las dos cosas, aunque entiendo ahora que en la perspectiva de mis padres acabaría siendo ambas a no muchos años.



Los domingos mi madre me sacaba los zapatos buenos y me peinaba con raya al lado. Mi padre se ponía corbata e íbamos a misa a mediodía. Luego me compraban una *fanta* mientras ellos se tomaban una cerveza y comíamos en casa de mis abuelos. Mi abuelo me hablaba del último partido del Madrid y se lamentaba de que las volteretas de Hugo Sánchez para celebrar sus goles fueran cada vez más contadas. Mi abuela hacía arroz y alguien se acordaba de cuando era más joven y contaba anécdotas con las que amenizar los aperitivos.

Cuando volvíamos a casa mis padres se acostaban a la siesta. Yo ya era lo suficientemente mayor como para que se me permitiera renunciar a la siesta, lo único que me exigían era que me quedara en mi habitación y leyera o mirara al techo, lo que quisiera, pero que ni saliera de allí ni hiciera ruido. Había que respetar la larga siesta del domingo por la tarde, que era en sí mismo una larga siesta que desembocaba en el horror del lunes a las ocho de la mañana. Supongo que el descanso del domingo era el más importante de la semana porque era el único que podía alargarse *ad infinitum* y porque Dios había descansado al séptimo día y si nos había hecho a su imagen y semejanza como nos decían por las mañanas en la misa, le gustaría que también nosotros descansáramos ese día.

Es posible que el cerradura solo viniera a buscarme tres o cuatro domingos. Pero el recuerdo tiene esa fuerza de la continuidad que hace que parezca que fue así durante una larga temporada. Aunque las fechas no encajen, la memoria se hace fuerte en la contradicción. No había móviles y el teléfono tampoco se usaba por usarlo. A los críos rara vez nos dejaban acercarnos a él para llamar a un amigo. Si se podía ir andando, se iba

andando. Se llamaba al timbre y se preguntaba si nuestro amigo estaba y si podía salir. Si ya había salido era imposible localizarlo. Si estaba castigado nos tocaba resignarnos.

El cerradura llamó al timbre en mitad de la siesta dominical y a mí se me pusieron los músculos tensos. El cerebro reptiliano que nos queda y gobierna el instinto de supervivencia debía de estar diciéndome que mis padres se enfadarían. No salí de mi habitación y no fui hacia la puerta aunque suponía que era para mí. Mi padre salió refunfuñando de su dormitorio y contestó. Lo oí contestar que yo sí que estaba, lo que confirmaba que era para mí, y ya esperaba que fuera a decirle a quien hubiera osado interrumpir el descanso semanal que el mismo Dios había prescrito que me encontraba castigado y por lo tanto no podía bajar, pero le dijo que enseguida bajaba. Me dijo que fuera, que eran mis amigos.

Bajé y solo estaba el cerradura, que llevaba la cara sucia de sudor y polvo y me dijo que había conseguido algunas monedas y por qué no nos íbamos a los salones a gastárnoslas. El cerradura era esa clase de niño que si tenía una nube la partía en tantos trozos como amigos haya presentes sin que nadie se lo pidiera y repartía el botín. A su padre lo habían metido en la cárcel por juntarse con quienes no debía pero él no había perdido la fe en el ser humano. El cerradura padre había ido a la cárcel porque en todo robo hay un tonto útil que es quien se la carga con todo el equipo si los pillan. Y el cerradura padre era el más útil de los tontos porque no había puerta que se le resistiera. Había aprendido a hacerlo durante la mili y desde que volvió licenciado del ejército se ganaba la vida abriendo puertas aquí y allá, por el precio adecuado.

Abrió la puerta trasera de aquel bar en el que sabían que no vaciaban las cajas el viernes y sus socios entraron. Según las versiones había desde noventa mil pesetas hasta medio millón. Eran tres y el cerradura, que iba a fijo. Cuarenta mil el servicio. Treinta cuando era para amigos de la infancia.

No había tanta electrónica como hoy y no abundaban las alarmas, pero había tanto rata como siempre ha habido y dueños con el colmillo retorcido que si fuera necesario vivirían vigilando su mercancía. El tío no tenía familia, o no tenía ganas de verla aquella noche, el caso es que había tirado un colchón en medio del bar y se había acostado allí, con un bate al lado. Estaba borracho y tardó mucho en despertarse. Y no fue demasiado ágil en la persecución, pero en un golpe ciego cazó al cerradura y casi le abre la cabeza. Los demás corrieron con el dinero y él fue el único que acabó en juicio.

Era de esos que no cantan. Se sintió orgulloso por tragarse los nombres de sus compinches y lo condenaron a tres años que se le quedaron en dos y medio por buena conducta. Era su tercera condena. Su hijo se hizo amigo nuestro durante aquella estancia. Sus hijos no lo visitaban cuando estaba dentro porque él no quería que lo vieran allí. Quería ser un buen ejemplo para ellos.

El cerradura me dijo: “vamos a ir a los salones que están cerca de mi casa”.

A la puerta había cinco o seis mayores fumando. El cerradura saludó a dos de ellos, que le preguntaron por su hermano mayor, el que podría haber sido futbolista. Aquellos dos me preguntaron cómo me llamaba y de qué conocía al pequeño cerradura.

Era la primera vez que yo iba a un sitio de esos. Lo único que estaba allí a lo que yo había jugado alguna vez

era al fútbolín, en el bar del pueblo con mis tíos. Conocía de nombre los dos o tres juegos de los que hablaban los que iban a veces con sus hermanos mayores. Yo me preguntaba si sus hermanos mayores eran macarras o porreros. Miraba a todos los que estaban allí alrededor y trataba de clasificarlos en aquellos dos grupos.

Nos sentamos en una de las máquinas de *Street Fighter*. Yo elegí a un luchador rubio y él a una asiática con la que me pegó una buena paliza. Después nos fuimos al *Donkey Kong* y jugamos una misma partida entre los dos, cambiándonos los mandos entre niveles. Llegamos hasta el séptimo nivel y nos mataron cuando yo llevaba los mandos.

Como tenía la paga que mi abuelo me daba los domingos, le dije al cerradura que podíamos tomarnos una *fanta* que yo pagaría. Nos la pedimos y nos acercamos con nuestras bebidas a las mesas de billar en las que los porreros y los macarras de los que hablaban mis padres fumaban y tomaban cerveza mientras de vez en cuando se acercaban a la mesa con el taco, golpeaban a la bola y fanfarroneaban ante los demás.

Le dieron un taco al cerradura y le dijeron que se uniera a la partida. Yo estuve rondando de máquina en máquina hasta que me quedé sin calderilla. Con un cigarro en la mano el cerradura me dijo que echáramos una partida en la mesa de hockey de aire. Fue la única partida que gané en toda la tarde.

Volví a casa a las ocho y media y mis padres me preguntaron dónde había estado y con quién. Les dije que el cerradura había venido a buscarme y que habíamos estado en los salones recreativos, jugando a las máquinas y al hockey de aire. Mis padres me dijeron que tuviera cuidado en esos sitios.

Fuimos dos o tres veces más y poco a poco el cerradura se fue convirtiendo en mi mejor amigo de aquellos tiempos. De lunes a sábado estábamos con los demás. Íbamos y veníamos. Subíamos por un lado, nos tirábamos por otro, jugábamos al fútbol, planeábamos nuevas salidas. Perseguíamos a las chicas para asustarlas, llamábamos a los timbres y echábamos a correr. El cerradura, de vez en cuando, pero nunca si le insistíamos, sino solo cuando él quería mostrarnos su arte, cogía un alambre y nos abría la puerta de algún edificio abandonado. Pero los domingos eran para nosotros dos. Él se traía las monedas y rompía la siesta de mis padres. Yo bajaba y ya desconfiaba menos de los salones de recreativos. Llegamos a la novena pantalla del *Donkey Kong* y yo seguía sin poder acercarme a su nivel en el *Street Fighter*.

Una tarde cogimos unos tacos y jugamos al billar. El cerradura me confesó que no sabía si aquellas eran las normas de verdad del billar, pero era lo que le había enseñado su hermano. Conocí a su hermano, que se parecía un montón a él y me habló de su padre, que estaba en la cárcel por no haberse rebajado a traicionar a sus compañeros. Me dijo que en su familia todos eran así, buenos amigos, leales. El juego que más me gustaba fue siempre el hockey de aire, jugué contra el hermano del cerradura y le gané una partida. Probé sus cigarros y me dieron tos.

Alguna vez lo habíamos hecho, pero sin intención de entrar, sino simplemente para que el cerradura nos mostrara sus poderes. Cogía un alambre que se sacaba del bolsillo y con dos golpes de muñeca abría la puerta de un edificio o la puerta del copiloto de un coche. Los demás pasábamos dentro con la misma seriedad con la

que entrábamos el domingo por la mañana a misa. Una tarde el cerradura abrió un Seat Toledo y me senté en el asiento del copiloto. Abrí la guantera y me llevé una caja de cerillas y trescientas pesetas.

Alguien habló una tarde de la vieja casa gris que se veía desde la ventana de mi casa. Era una casa en la que había vivido una familia cuya hija había muerto a los siete años y nos habíamos acostumbrado a decir que su fantasma habitaba allí, encargado de protegerla e impedir que nadie entrara. Estábamos aburridos, el calor apretaba y el cerradura lanzó una pregunta al aire: “¿acaso a alguien le da miedo?”.

Y claro, nadie iba a admitir su miedo, así que nos volvimos a citar en la puerta de aquella vieja casa a las nueve. Él iría a por alambres. Nosotros traeríamos linternas.

Nuestras posibilidades de romper las normas se acababan a las diez, a las diez y media todo lo más, cuando teníamos que estar en casa. Contábamos con una hora y poco para entrar, demostrarles a todos los demás que no teníamos ningún miedo y salir. Alguien habló de que debíamos quedarnos con algo de lo que encontraríamos dentro como recuerdo de nuestro valor.

“Si alguien no sale, que sepa que los demás lo recordaremos siempre”, dijo el cerradura a las nueve y diez, antes de volver a organizarnos para vigilar que no viniera nadie justo en ese momento por la calle y meter la ganzúa en la cerradura.

Entré el penúltimo. La luz estaba cortada, ningún interruptor encendía una bombilla. No parábamos de oír los ecos de nuestros pasos. Cada pisada recibía la respuesta de diez o doce pisadas fantasmas. Alguien ponía voces fantasmagóricas. Alguien decía nuestros

nombres uno a uno y nos amenazaba con que nunca saldríamos de allí. El sudor me bajaba por la espalda. Grité de miedo después de pisar algo blando que espero que fuera una bolsa de basura. En el salón de aquella casa abandonada encontramos fotos de la niña muerta de meningitis. Alguien dijo que era guapa. Alguien dijo que en el colegio le habían explicado que la meningitis era la enfermedad más contagiosa del mundo y que tocar cualquier objeto que ella hubiera podido tocar, aunque hiciera muchos años, era peligroso. Empecé a sentir que estaba enfermando.

La niña muerta de la foto tenía cara de niña antigua. Toda la casa era antigua.

Alguien dijo que eran casi las diez y que había que ir volviendo a casa. Yo fui de los primeros en salir. Me eché en el bolsillo una piedra de color que había en la casa y se la enseñé abajo a los demás. Fui el único que había cogido algo. El cerradura se quedó arriba con otro chico. Los oímos insultarnos desde arriba. Salimos corriendo, cada uno hacia su casa. Le dije a mis padres que venía con la respiración entrecortada porque habíamos tenido partido de fútbol.

Por lo que nos contaron al día siguiente el otro chico le apostó al cerradura un dinero por quedarse a pasar allí la noche. El cerradura quería el dinero y aceptó. Algún vecino debió de oír ruidos y llamó a la policía. Llegaron y se encontraron con el cerradura acurrucado en el suelo. Se había quedado dormido en el salón, entre fotos de la niña muerta por meningitis. Lo acusaron de allanamiento, vieron que su padre estaba en la cárcel y decidieron llevarlo al juzgado.

Hablamos muchas veces de ir a ver al cerradura una tarde al reformatorio, como habíamos visto en las

películas que podía hacerse en la cárcel. Pero nunca llegamos a ir. Supongo que nos empezamos a fijar en las chicas o que se nos cruzaron en el camino cosas más interesantes que hacer y nos olvidamos de los meses que pasó con nosotros.

Mis padres me mandaron a la cama a las nueve y media de la noche aquel diecisiete de febrero y subieron el volumen de la televisión después de cerrar la puerta del salón. Las nueve y media era una hora vergonzosamente temprana incluso para mí, que siempre me iba a la cama el primero de mis amigos (al menos si hacía caso a lo que ellos decían, aunque yo casi nunca me creía ni la mitad de las cosas que mis amigos me contaban, y creo que hacía bien). Mis padres pensaban que valía con cerrar una puerta. Yo miré a través de la cristalera que ocupaba el lugar central de la puerta, uno de esos cristales que hacía aguas, y no fui capaz de distinguir nada en la pantalla del televisor, solo que seguía iluminado y que mi madre gritó algo que llegó hasta mí amortiguado.

Me fui a mi habitación y encendí aquel transistor a pilas que mi abuelo me había regalado para que escuchara el fútbol los domingos por la tarde y tuviera algo de lo que hablar con él cuando iba a verlo. Era martes y era 1992 y yo hablaba con mi abuelo de que el Madrid estaba pensando en vender a Hugo Sánchez, que ya casi no marcaba goles y repescar a Martín Vázquez, que era un jugador del que había oído hablar maravillas a mi abuelo y a sus amigos pero al que prácticamente no había visto jugar nunca, porque se había ido a jugar a Francia y a Italia cuando yo tenía ocho o nueve años y apenas iba a la selección. Era martes y era 1992 y estuve leyendo en mi habitación *El círculo carmesí*, que



era un libro que ya había leído hacía un par de meses, y mirando tebeos de *Superlópez* que me había regalado mi tío, y a las diez de la noche encendí el transistor de pilas y escuché el boletín informativo.

Hablaron de la crisis y del paro, de la corrupción y del ministro del Interior, de los juegos olímpicos del verano siguiente, de la errática marcha del Real Madrid y de la Vuelta a España, en la que no había querido participar Induráin. Hablaron de un montón de temas que no me decían nada. Y después empezaron a hablar de la noticia terrible del día. Un adolescente al que habían encontrado destripado a las afueras de un centro de menores. Lo habían rajado con una navaja. Los directores del centro habían negado conocer que allí se maltratara a internos, pese a que los estudios del forense revelaban quemaduras en las palmas de las manos y en la parte interior de los muslos y algunos periodistas hablaban ya de síntomas inequívocos de repetidas violaciones anales. El interno al que habían encontrado muerto se llamaba Tomás López Paniagua, y llevaba más de un año recluido en el centro. Lo habían metido por un incidente en una casa. Había forzado la entrada de una casa a las afueras de la ciudad. Siempre se sospechó que no estaba solo. Él siempre dijo que su intención no era robar. Lo hacía por demostrarse que podía hacerlo, por superar el reto de abrir una puerta más difícil que la anterior. Nunca quiso dar los nombres de los otros chicos que estaban con él, aunque el juez de menores le insistió y le dijo que si repartían la responsabilidad repartirían también el tiempo de pena.

En mi estupidez de la primavera de 1992 aún tardé unas horas en darme cuenta de por qué mis padres me habían mandado a dormir a las nueve y media a los tre-

ce años y medio al aparecer esa noticia por primera vez en el telediario. Tomás López Paniagua era el cerradura. Me desperté de madrugada alarmado por esa revelación de mi subconsciente. Nos habíamos enterado de que lo habían mandado al reformatorio. Los demás corrimos más deprisa que él y no volvimos a mirar atrás. Un profesor del colegio nos dijo que podíamos haber sido nosotros los que hubiéramos acabado encerrados y nos pidió que tuviéramos más cuidado en adelante. Supongo que lo tuvimos. Nadie dijo nada al día siguiente, cuando todos lo habíamos visto ya en la televisión. Su foto en blanco y negro el día de ingresar en el centro. Parecía mayor que nosotros. Miraba firme al frente. No se dejaba deslumbrar por el flash de la cámara. No dijo nuestros nombres cuando se los preguntaron. Me sigue costando imaginar en qué puede pensar alguien cuando lo están matando con una navaja después de un año de maltratos.





**SEGUNDO PREMIO**

**Achaques**

Ricardo Martí Ruiz



## **Ricardo Martí Ruiz**

Egresó con distinción unánime de la maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón, Puerto Rico, y es autor de los libros *Cuentos tan cortos que no aburren* (1998), *Callelena* (2008) y *Pajas* (2015), el cual fue reconocido como uno de los mejores libros puertorriqueños de 2015 por *El Nuevo Día*. Ricardo también se desempeña como creativo en publicidad y ha sido galardonado varias veces por su trabajo. Sus premios incluyen un león de plata en Cannes 2010.



## Achaques

Ricardo Martí Ruiz

### Por el pasillo central del Instituto Neurológico del Centro Médico

El licenciado Robert Pérez Casal va camino al salón 3. Su cabeza está inclinada firmemente hacia la derecha, martillada contra el hombro. Sus brazos, los dos, tiemblan pero no mecen, y su mano izquierda se encorva en un intenso puñado trinco. Su pie derecho, torcido también, se arrastra sobre el costado como si fuera suela. No adelanta más de un pie por paso y pierde el balance a cada tres, pero tiene prisa.

*–Izquierda, derecha, izquierda, derecha...*

Por poco se lleva a una anciana en silla de ruedas.

*–Izquierda, derecha, izquierda, derecha...*

Por poco se cae de frente al bajar una rampa.

*–Izquierda, derecha, izquierda, derecha...*

De suerte, una chamaca con espina bífida se conmueve lo suficiente. Lo agarra del brazo y lo acompaña a la entrada del salón 3. Le abre la puerta y lo lleva a la ventanilla, donde queda esperando por media hora.



Cuando llega su turno en fila, una enfermera fañosa le atiende más o menos mientras se limpia la nariz con un pañuelo que ya debería de botar.

—Necesito ver a la doctora Maldonado —murmura el licenciado.

—¿Disculpe?

—La doctora Maldonado, por favor.

—Perdone, pero tendrá que hablar más duro.

—¡DOC-TO-RA MAL-DO-NA-DO!

—¿Desea ver a la doctora Maldonado?

—Sí.

—Muy bien. Apúntese ahí y espere a que lo llamen.

—No tengo cita.

—Ajá. Lo que usted diga.

—Dije que no tengo cita.

—Exacto. Apúntese ahí y espere a que lo llamen.

El licenciado la mira incrédulo, pero su cara no lo demuestra. Le cuesta agarrar el bolígrafo pero finalmente lo logra y lo usa para garabatear la hoja entera. Al terminar, lo deja caer al suelo.

—Muchas gracias.

### **Más de dos horas eternas después**

Lo llevan a la oficina de la doctora donde lo hacen esperar de nuevo. El licenciado mira las paredes pero no ve nada interesante; solo la misma foto vieja y mal puesta de la doctora cuando estaba relativamente delgada, y los diplomas opacos que no le interesa leer. Finalmente, la doctora entra y comienza a examinarlo. Mientras lo hace, repite el ruidito internacional de rega-

ño, ‘tisk-tisk’, que hacen los médicos cuando ven que no te estás cuidando.

Le pregunta por qué dejó de tomar el medicamento recetado.

–Lo que pasa es que me hace sentir raro.

–¿Le hace sentir raro?

–Sí.

–Pero yo le avisé que tomaría un rato en lo que se ajusta al cambio.

–Llevo seis meses en esto. No puedo más.

–Pues dígame, ¿qué síntomas le molestan?

–Es una presencia que tengo.

–¿Una esencia?

–PRE-sencia.

La doctora toma unos apuntes.

–¿Y cómo es esa presencia?

–No sé. No puedo describirla. No es que veo ni oigo nada raro. Ni es que siento un sabor o una energía corriendo por mi cerebro como en otras ocasiones. Pero algo está ahí. Esa pastilla ha puesto una presencia en mí que me observa y me juzga y que no me gusta para nada.

–Lo siento, pero tendrá que hablar más alto.

–¡QUE ME HA-CE SEN-TIR RA-RO!

Más apuntes.

–¿Y cómo se siente ahora, sin medicinas?

–Horrible.

–¿Peor?

–Sí, pero mejor también.

–¿Y cuánto tiempo lleva desde la última dosis?

–Doce días.

–Válgame.

### **La doctora decide recetar algo nuevo**

–Este medicamento aún no ha sido aprobado por la FDA para su condición, francamente, pero todos sabemos que funciona. Comience con 5 miligramos, 3 veces al día, por una semana. Luego duplique la dosis a 10 miligramos, 3 veces al día, por una semana más, y aumente la misma cantidad al pasar esa semana. O sea, 15 miligramos, 3 veces al día.

–Bien.

–Su próxima cita será dentro de un mes. Entonces veremos.

Satisfecho, el licenciado comienza a tratar de pararse, pero ella lo detiene.

–¿Y quién lo viene a recoger para llevarlo a su casa?

–Yo vine solo.

–Yo lo sé que usted llegó solo. Esa no es la pregunta.

–Yo puedo regresar sin ayuda.

–Tal vez, pero yo no se lo voy a permitir. Hágame el favor de llamar a alguien para que venga a recogerlo.

–No tengo a nadie.

–¿Y su esposa?

–En la casa, supongo.

–¿Y por qué no la llama?

–Porque no hablamos.

—¿Disculpe?

—Mejor llamo a mi primo.

### **Más tarde, en el carro de Charlie**

—Gracias, Charlie.

—De nada, primo. Es lo menos que puedo hacer por ti, caramba. Me siento hasta culpable de no haber estado pendiente. No sabía que te iba tan mal.

—No estoy tan mal.

—¿Qué dijiste?

—Que no estoy tan mal.

—Pues te ves terrible, y no puedo creer que Ro-cío te permitió caer en este estado. Es inhumano que te abandone en este momento de tu vida.

—Esto no empezó ahora.

—¿En serio?

—Ya estoy acostumbrado.

Llegan a la farmacia y se alegran porque no hay casi fila; pero, de alguna manera u otra, en el lugar se las arreglan para hacerlos tener que esperar.

—Pero ustedes siguen casados.

—Sí.

—Y todavía viven juntos en la misma casa.

—En la misma casa, pero no juntos.

—¿Qué dijiste?

—Que no hemos hablado en años.

El farmaceuta llama al licenciado y le entrega el medicamento. Tan pronto lo recibe, él rompe el empaque entero y toma su primera pastilla sin agua.

Luego regresan al carro.

—¿No hablan nunca para nada?

—Literalmente.

—¿Y cómo hacen?

—Fácil. Ella vive por su lado y yo por el mío. Ambos tenemos todo lo que necesitamos y nada nos hace falta.

Charlie suspira.

—Pues qué pena. Hacían tremenda pareja cuando no estaban peleando.

Y así termina la conversación.

### **Cuando llegan a la calle Orquídea**

Charlie estaciona frente a la casa del licenciado y se echa a reír porque nunca había visto cosa igual. La casa es completamente normal, demasiado, como siempre había sido: convencional y simétrica, con un patio rectangular en frente y un caminito de lajas que cruza el medio del jardín hasta llegar a la puerta de entrada. Pero lo curioso del caso es que, mientras que el lado derecho de la entrada luce hermoso y muy bien mantenido, el lado izquierdo parece un vertedero descascarado repleto de yerba mala. El licenciado le pide a su primo que le permita entrar solo, pero él insiste en acompañarlo, al menos hasta la puerta de entrada. Una vez ahí, se encuentra con la continuación de la misma historia: un lado derecho acogedor con detalles artesanales, pájaros trinando, música griega y buen aroma emanando de la cocina; mientras que a la izquierda lo que hay es un espacio desolado que asimila un almacén en quiebra.

—Ya te puedes ir —dice el licenciado.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Y sin considerar alternativas, una vez Charlie se va, el licenciado se desliza hacia el lado izquierdo de la casa, donde no hace nada por semana y media, excepto lamentar su pasado y mirar la televisión.

### **Ya para las dos semanas**

El licenciado se comienza a sentir mejor; tanto que vuelve a salir de la casa. Camina bastante normal como casi una milla por el vecindario y jura que corrió diez. Sale al colmado y llena la nevera de cosas que nunca había comprado. Pasa por la iglesia y le da gracias a Dios por todo. Se baña en la playa y disfruta el vaivén del mar. Luego regresa a su casa, se mete en el baño y acicala su cuerpo por más de media hora. Se quita un montón de canas pero deja un par de las buenas. Se poda las cejas y narices y orejas. Se examina en el espejo y concluye que se ve muy bien para su edad. Mientras se admira, su primo Charlie le llama para ver cómo sigue, y para invitarlo a que lo acompañe a la actividad del viernes que de seguro le va a encantar.

—Es el gran festival de la Salud —dice Charlie. —Es como un festival, pero de grupos de apoyo y todo eso. Este es mi tercer año corrido.

—¿Y qué tienes tú?

—Yo sufro de caspa.

—Por favor.

—Es caspa crónica.

—¿Hay grupos de apoyo para gente con caspa?

—Lo hay para todo, pero en verdad yo voy por las mujeres. Son más fáciles cuando están chavaítas. Dale. Te busco el viernes a las seis.

Esa noche el licenciado no prende la tele ni mira lo que sea como hace todas las noches. En vez, sale a Condado a cenar. Se decide por un restaurante francés. Ordena un plato exquisito y se fija mientras espera en las parejas en otras mesas: ve a los novios besarse, los casados pelearse y a las parejas mayores ignorarse. Luego se da un paseo por la avenida Ashford y se sienta en un banquito a observar a las mujeres que pasan. Se imagina a cada una como compañera, como madre, y como amante. Se imagina sorprendiéndolas y besándolas de la nada. Se toma la libertad de imaginarlas enamoradas de él, sonrojadas, seducidas; y concluye que ninguna es comparable a Rocío.

Cuando regresa a su casa, escucha la música griega salir del otro lado. Se asoma un poco y se sorprende al verla bailar en la cocina. Es su sombra lo que ve y desde lejos, y la figura está distorsionada, pero la ve. Baila contenta y sin preocupaciones, su cabello sigue tan largo y acariciable como siempre, su figura permanece intacta, y ha mantenido su fluidez femenina. Esto causa un impulso muy fuerte en la cepa del licenciado que lo llena de gallardía y lo hace cruzar a su lado para abrazarla un poco y todo eso. Pero cuando llega a la cocina Rocío no está, y regresa.

### **El Festival de la Salud está tepe a tepe**

El licenciado y su primo entran y ven variedades de profesionales y pacientes en un ambiente ameno con una bandita en vivo tocando boleros del ayer. Hay bulímicos compartiendo con obesos, anémicos con hi-

peractivos, diabéticos con hipoglucémicos, y bipolares con bipolares; junto a la gama entera del espectro de cáncer más todos los tipos de diabetes que existen y un reguete de condiciones más. Hay además un salón bien grande lleno de mesitas promocionales que presentan cuanto producto y servicio médico, y en el fondo hay una tarima central, para que los participantes den charlas. Ahí, el licenciado se detiene para escuchar a la Dra. Fritz, una neuróloga sicoanalista motivadora que parece ser muy reconocida, en particular porque sufre del síndrome de Tourette y eso le da perspectiva. Durante sus diez minutos con el micrófono, la doctora habla malo en cada oración, también escupe de vez en cuando y exhibe decenas de tics, algunos hasta ensayados, creo; pero logra contar su historia personal con tanta maestría que conmueve a todos los presentes, y comparte una visión de vida verdaderamente inspirada. Al terminar, el licenciado se seca los ojos y recoge un folleto de su grupo de apoyo que guarda en su bolsillo. Luego busca a su primo en el *lobby*, pero lo ve bailando con una asmática y decide dejarlos solos.

El licenciado, pues, se va a dar un paseo. Así se topa con el casino.

Nunca le han interesado los juegos de apuestas, pero tiene una peseta suelta en el bolsillo y la juega en un tragamonedas. Por pura suerte, la pega de la primera. La máquina da un gran campanazo y comienza a silbar y soltar cuatrocientas monedas que forman un estruendo mayor al caer en la bandeja de metal que casi ni las contiene. Con ese dinero se va a la ruleta y comete el disparate absurdo de apostar todo en un solo número. De milagro gana y multiplica sus ganancias a diez mil dólares en una jugada. Entonces se interesa por



el partido de póker que juegan en el fondo de la sala. Se sienta con ellos y rápido se hace evidente que no comprende bien las reglas del juego, por lo cual comete un sinnúmero de errores tácticos, todos de los cuales le salen bien. Luego de limpiarse a la mesa, se levanta casualmente y camina a la de los dados, donde lo apuesta todo también. De esa manera, el licenciado se hace millonario en menos de un par de horas; pero en vez de celebrar, regresa a su casa sin contarle nada a su primo.

### **Esa noche, mientras la luna está casi vacía**

Mientras la brisa sopla un chin fría, y mientras Rocio duerme en su cama, el licenciado invade su cuarto y se sienta a mirarla tan bella. Se queda en la penumbra admirando en silencio su respiración plácida y su faz tan rosada aún. Admira su cabellera larga y admira su palidez. Desearía acostarse con ella y le enfada reconocer que no se atreve a intentarlo.

Al día siguiente, el licenciado abre las ventanas de su cuarto y respira la mañana fresca. Escucha los pájaros trinar y les trina de vuelta. Se baña cantando *La donna è mobile* y se seca bailando un aguaje de ballet. Abre su armario y se ríe de lo que tiene; en un arranque, decide donarlo todo. Luego se va a las tiendas, gasta miles en ropa nueva y se compra una cacatúa que le llama Bécquer. Entonces se hace miembro de un gimnasio y se apunta en un curso de tango. Luego consigue a una sirvienta que le encuentra un jardinero que conoce un plomero que le trae un electricista que le busca un fumigador que también es ebanista que sabe de un tremendo chivero, y los pone a trabajar haciendo renovaciones.

Finalmente, llama a la Dra. Fritz y se apunta en su grupo de apoyo.

## **Esa noche, mientras la luna se llena un poco**

Mientras la brisa enfría un chin más, y mientras Rocío duerme en su cama, el licenciado invade su cuarto y se sienta a mirarla tan bella. Se queda en la penumbra admirando en silencio su respiración plácida y su faz tan rosada aún. Admira su cabellera larga y admira su palidez. Esta vez, se atreve a acercarse un poco para acariciarle el cabello, y le gime una melodía que inventa. Añora que se despierte para darle los buenos días y contarle lo linda que es, pero al rato se tiene que ir.

En el grupo de apoyo de la Dra. Fritz, el licenciado cuenta su historia personal frente a un grupo de pacientes con condiciones variadas. Habla de cómo empezó a detectar un problema en su caminar, de lo difícil que se le hizo disimular sus temblores, y de la discusión terrible que tuvo con su esposa el día antes de su diagnóstico, en un lluvioso 6 de junio. Pero antes de hablar del sufrimiento que causó el abandono de su esposa, y de lo cruel que se siente que fue, un muchacho con Asperger parece reconocerlo.

—Usted es el loco de la calle Orquídea, ¿verdad?

—No sé de qué hablas.

—Su nombre es Robert Pérez Casal. Es abogado laboral retirado y está casado con Rocío Gautier, hija de los de la farmacia Gautier, ¿verdad?

—Sí.

—Su esposa es bien linda —y se ríe bien nervadamente.

—¿Y cómo adquiriste toda esta información?

–La encontré en el Internet. Está bajo la casa en la calle orquídea punto com. Tiene montones de seguidores.

–No sabía que mi casa era tan interesante.

–Cualquier cosa extraña lo es.

Aquí, la Dra. Fritz decide interrumpir un poco y aporta algo bien interesante que le queda muy bien sobre el concepto del matrimonio y el amor en general, citando a San Pablo en su epístola a los Corintios, en particular su final: ‘El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta’.

Luego escupe.

Tan pronto sale de la sesión de grupo, el licenciado saca su computadora y accede el portal que le mencionaron, donde queda maravillado con lo que ve. La página es un medio comunitario que está de lo más bien montado donde todo el mundo aporta fotos y comentarios sobre la casa en la calle Orquídea y la forma en que el lado izquierdo se encuentra. Tiene una biografía corta de ambos dueños, y un cronograma con fotos de ellos peleando y menospreciándose a través de los años, junto a una explicación breve de cómo se fueron distanciando y quién hizo qué mal cuándo. La foto con más comentarios y caritas felices es una de Rocío gritándole a su marido al estilo de Albizu Campos; pero también aparecen hacerse las vidas cuadritos en cumpleaños, restaurantes, parques públicos, entierros y muchos lugares más. La página también contiene una sección donde todos pueden someter su veredicto sobre quién creen que fastidió la cosa peor; y un reloj que mide el tiempo que lleva el licenciado sin cortar la grama de su lado de la casa. Pero el licenciado no se fija en nada de

eso. Lo único que le llama la atención es la aplastadora hermosura de su mujer en las fotos, y la acaricia con el cursor sin pensar en más nada.

### **Esa noche, mientras la luna ya está menguante**

Mientras la brisa sigue apretando, y mientras Rocío duerme en su cama, el licenciado invade su cuarto y se sienta a mirarla tan bella. Se queda en la penumbra admirando en silencio su respiración plácida y su faz tan rosada aún. Admira su cabellera larga y admira su palidez. Esta vez, se sienta en la cama a su lado y la acaricia con la punta de la punta de los dedos, y con la esperanza de que se despierte con ganas de ser besada, pero al rato se tiene que ir.

En la oficina de la doctora Maldonado al siguiente día, esperando otra vez, el licenciado mira las paredes y nota que la misma foto vieja y mal puesta de ella cuando estaba relativamente delgada es la única evidencia que él tiene de que es humana y sonríe, y que los diplomas que guindan dicen lo único que él sabe de su existencia. Finalmente, entra la doctora y comienza a examinarlo. Mientras lo hace, él procede a entrevistarla de manera tan cándida y personal que causan la siguiente pregunta.

—Perdone, pero, ¿cuántos miligramos le receté?

—Quince, tres veces al día.

—¿Y cómo se ha estado sintiendo?

Al oír esto, el licenciado le cuenta sobre la increíblemente despampanante hermosura de su querida esposa que ya no le habla y de lo mucho que eso le duele. Entonces le lee un poema que escribió sobre ese preciso tema, y le enseña unas fotos que tiene en el celular.

–Y otra preguntita –insiste ella–. Cuando usted compró el medicamento que le receté, ¿tuvo la oportunidad de examinar las direcciones de uso?

–Eh, no. No se me ocurrió hacerlo.

La doctora toma un suspiro.

–¿Le interesaría verlo ahora mismo?

–Supongo que sí, claro.

Ella abre una gaveta de donde saca una muestra que le entrega al licenciado. Él la examina y lo primero que ve, rapidísimo, en letras grandes subrayadas con un círculo que les rodea para ayudar a llamar la atención, el siguiente aviso sobre sus efectos secundarios: **PRECAUCIÓN: Este medicamento podría ocasionar irrupciones exaltadas de pasiones latentes y ataques de romanticismo impulsivo.** Consulte con su médico si siente la necesidad incontrolable de rescatar una relación fracasada, o si experimenta reacciones adversas contra el espíritu racional de la sociedad moderna y cualquier normativa o tradición que pueda ahogar su libertad como individuo natural.

El licenciado no puede creerlo.

–Será necesario que reduzcamos un poco la dosis, por lo menos a 5 miligramos –opina la doctora, y le entrega una receta reducida–. Le recomiendo que lo haga de inmediato.

–Pues eso mismo haré.

Pero hace lo opuesto.

Tan pronto llega a su casa y duplica su dosis, decide que se va a convertir en el hombre más ideal posible, para así tener la oportunidad de quizás, tal vez, estar al nivel adecuado para tratar de enamorar a la milagrosa

criatura preciosa que tanto y por siempre adora. Decide aprender francés. Decide componerle una ópera. Decide salvar la economía. Decide comprarle un avión. Y decide que le dedicará cada respiro restante a la única y verdadera ambición que vale la pena en esta perra vida que es la inmóvil devoción a una sola melodía, una sola entrega absoluta e incuestionable a la joya de mujer perfecta cuya hermosura eclipsa todo lo demás para siempre.

En medio de tantas pasiones, de pronto, escucha la música griega encenderse a la distancia. Sin pensarlo ni siquiera una vez, sale corriendo y entra a la cocina y la sorprende bailando de espalda. Le brinca encima y la empuja contra la pared. Le pone su peso y susurra que esto no es decisión de nadie.

—No es decisión tuya, ni mía; pero esta noche haremos el amor hasta más no poder, carajo, hasta que nos desintegremos, ¿de acuerdo?

Pero cuando ella responde que ‘sí’, no tiene la voz de su esposa; y así, el licenciado conoce a Gala la griega, la ama de llaves del lado derecho de la residencia.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—Pues ustedes dos ni se miran, señor, ¿cómo le va a decir? Y la señora me exigió que no le hablara. Está muy resentida.

—¿Resentida de mí?

—Pues claro, señor.

A Gala la griega no le gusta bailar. Lo hace para combatir su pre-artritis, mientras asiste a Rocío en sus quehaceres del hogar. La ayuda en todo tipo de cosas

porque la pobre no puede sola, y lo lleva haciendo desde hace tiempo.

Conversando con ella, el licenciado descubre la realidad que su esposa lleva viviendo, y aprende sobre sus aficciones, y que la razón por la palidez de su cuerpo es que no puede salir al sol, que su faz es rosada por una irritación de la piel, que su única cabellera es una peluca, que su apariencia plácida es fatiga crónica, y que en ese lluvioso 6 de junio también la diagnosticaron a ella.

—Usted la abandonó, señor, justo en el peor momento.

### **Esa noche, mientras la luna está casi llena**

Mientras la brisa ya es ventolera, y mientras Rocío yace en su cama, el licenciado invade su cuarto y se sienta a mirarla tan bella. Se queda en la penumbra admirando en silencio su fatiga crónica y su irritación de la piel. Admira su peluca larga y admira su marchitar. Trae consigo la última foto que existe de ellos felices, y se imagina exactamente lo que va a suceder cuando ella despierte y la vea:

Será poco antes de que amanezca. Rocío abrirá los ojos y verá a su esposo mirarla con tanto amor. Verá también esa foto con la imagen de ellos felices, y al hacerlo apreciará lo lindo que llegaron a ser. De esa manera todo caerá en su sitio y todo se entenderá, y sabrán sin intercambiar palabras que todo será perdonado y que todo estará muy bien. Vivirán felices por el resto de sus días; y en algún lugar del universo, San Pablo se sonreirá.

**Epilogo:**

La renovación de la propiedad quedó tal y como el licenciado deseaba. Ahora el lado derecho tiene paredes de mármol, dos pisos con terraza y piscina en el techo, y una fuente de oro en la entrada; mientras que el lado izquierdo permanece igual.







**TERCER PREMIO**  
**Instrucciones**  
**para morir por amor**  
Miguel Pereira Rodrigo



## Miguel Pereira Rodrigo

Nací en Madrid en 1980, y a la carrera emigré a Galicia. Allí crecí entre mares de creatividad y un entorno tozudo que me animaba a escribir. Tal vez su insistencia hizo que no continuara con esa afición. En el 2003 regreso a la capital para terminar la carrera y sacarme unas oposiciones.

Tras cuatro años como maestro, en el 2011 retomo la escritura animado por algún que otro concurso radiofónico de microrrelatos, con el objetivo de contrastar los piropos que los afectos vertían sobre lo escrito y cazo pequeños reconocimientos que duermen en un frasco de cristal.

Aprovechando la fuerza del estrenado descubrimiento abro un blog (actualmente abandonado a su suerte) <http://cuentospigmeos.blogspot.com.es/> para que los microrrelatos premiados, junto con otros que corrieron peor suerte, puedan campar a sus anchas.

Simultáneamente participo en libros corales de este género pigmeo como *Despojos del REC*, *Historias de portería*, *Eros*, *Cachitos de amor* o *El día de los cinco reyes y otros cuentos*.

Tras una actividad enorme y exhaustiva, cuando la llama del micro estaba a punto de desaparecer, desde finales del 2013 participo en talleres de escritura organizados en la biblioteca José Hierro de Usera y dirigidos

magistralmente por Marisa Mañana, enterrando por completo la escritura de los más pequeños.

Con el objetivo de borrar fronteras vuelvo a emigrar, esta vez al sur, con mi sureña y mi primer apátrida. Y decido, mientras espero el nacimiento del segundo, participar en concursos con formato intermedio, a ver si el mundo de los relatos es igual de favorable que en su día lo fue el hermano menor.

Y como los pequeños vienen con un pan o un premio debajo del brazo, desde el nacimiento del segundo apátrida he conseguido el reconocimiento en el XXV Certamen Literario de prosa y poesía de Sant Jordi con “**Mi regalo de cumpleaños**” y uno de los cinco accésits en el Tercer Certamen Nacional de Relatos Vigo Histórico con “**Charcos**”, junto con el presente reconocimiento del cual me siento enormemente afortunado.

## Instrucciones para morir por amor

*Miguel Pereira Rodrigo*

Levántate tarde. Es un sábado más de julio en el que de manera inusual libras. El restaurante donde trabajas está siendo reformado. Repasa mentalmente cuándo fue el último fin de semana que tuviste para ti. No lo recordarás. No te preocupes, tampoco importa. Ponte en funcionamiento, pues ocasiones como esta se presentan muy rara vez.

Coge el móvil y envía un par de wasaps a los dos amigos que todavía no se han ido de vacaciones. Luego comprueba que en casa no hay nadie más. Dúchate durante un buen rato y antes de desayunar líate un *cigarrillo*. Piensa que no hay nada como tomar un café con tostadas y hambre atrasada de siete perros.

Mira el móvil. Ninguno te ha respondido. No le des importancia, ya lo harán. Termina de vestirte y échate ese desodorante que tanto anuncian en televisión. Eres demasiado joven para dejar correr la oportunidad de triunfar un fin de semana y aunque sabes que todo lo que dicen en publicidad es susceptible de ser falso,

nadie ha realizado ningún estudio para desmentirlo y mientras no lo hagan, tú seguirás utilizando ese desodorante. Luego cázate, y vuelve al baño para contemplar esa cara tan bien hecha que te han dado tus padres. Algo bueno tenías que haber heredado. Coge las llaves de la moto y las de casa y sal por la puerta.

Dirígete al Parque Labordeta. Encontrarás al Negro con sus trapicheos. Interésate por cómo le va la vida, antes de pillarle una *pedra*. Dejará caer que como siempre, que su madre le quiere echar de casa, y que no encuentra curro, que el otro día la policía le paró pero que no llevaba nada... También mencionará, de pasada, que lo ha dejado con Lola, que estaba cansado de ella y que todo eso. En ese instante el mundo se detendrá mientras sus labios siguen moviéndose. Muéstrate empático, asiente a todo lo que te cuente, aunque no lo escuches. Mientras tanto imagínate al lado de Lola. Menuda mujer. Llevas media vida detrás de ella, desde que la viste entrar en Segundo C. Parecía que iba flotando. Pero desde que la conoces esta es la primera vez que parece estar sin pareja. De vez en cuando mirarás al Negro, y dejarás caer vaguedades mientras te lías el segundo de la mañana. “¿Lola sola?” sonará en tu cabeza. “Lola sola” repetirá tu cerebro. Mientras tanto tú hablando con el drogadicto de su ex. Dale varias caladas, y déjale el resto al pequeño traficante. Vuelve a mirar el móvil. Tienes varios wasaps. Queda con Luis y Víctor para comer en la del Mostaza.

Llegas temprano, con una sonrisa de oreja a oreja. Víctor te pregunta qué te pasa. Coméntale que acabas de ver al Negro, y que te ha mencionado lo de su ruptura con Lola. Verás cómo se le cambia la cara. Luis ni se inmuta, pero el listo de Víctor seguro que ha pensado lo

mismo que tú. Entre hamburguesas, ketchup y mostaza el primero os comenta que lleva toda la vida, desde que la conoció en el instituto, detrás de ella, pero siempre estaba con alguien. Tu corazonada era cierta. Imagínate al listo de Víctor con Lola. Son el día y la noche. Tienes que hacer algo, no puede ser que ese buitre se adelante. Tras las hamburguesas y las patatas toca el postre. Os vais al Presco con las motos a tomar un helado. Cuando llegas, el otro ya está mandándole un wasap a Lola. Los treinta grados a la sombra obligan al helado y la actitud impaciente de Víctor invita a partirle la cara. No lo hagas. Recuerda que es tu amigo desde el colegio y si le has aguantado todos estos años, aguantarle otros tantos no debiera ser difícil. Mentalmente justifica su actitud diciéndote que si es así de egoísta es porque es hijo único. Tómate el helado con calma y deja que Víctor se haga ilusiones. Entre tú y él no hay color. Y aunque es más lanzado, cuando tú saques la artillería se va a quedar compuesto y sin ese bellezón.

Antes de que terminéis de saborear el helado, os dirá que ha quedado con la sureña para tomar café. Os preguntará si os apuntáis con la misma desidia con la que tú llamas a tu abuela todos los viernes por la tarde. Luis dirá que no, pero tú siempre has querido estar con Lola, desayunar con Lola, comer con Lola y cenarte a Lola. No son momentos para que tires de cortesía y le dejes paso. Verás un rictus en la cara de Víctor que no conocías. Es una mezcla de sorpresa y amargura. Dale una palmadita en el hombro, y dile que hace bastante que no la ves, y que te apetece pasar un rato con ella. Además señala que todavía es una mujer soltera, o eso creéis, y que por lo tanto no vas a rendirle pleitesía a nadie. Su cara de extrañeza se tornará en decepción y



rabia, pero no te preocupes, ya se le pasará. Sin que os deis cuenta Luis ya está enfilando la calle en dirección norte, hacia su casa. Os despedís de él a gritos.

Con las cartas sobre la mesa, llegáis rápido a la cafetería en la que el listo ha quedado con la sureña. Durante el camino que recorreréis andando, no intercambiaréis palabra alguna. Pese a ser buenos amigos, cuando hay una chica por medio, hay que sacar el sable y batirse como caballeros. Ya allí, ante la ausencia de Lola ambos os pedís una copa. Víctor un gin-tonic, tan snob como siempre, y tú te pides una caipiriña, fiel a la tradición. Ves como entra un grupo de chicas, y tras escrutar cada uno de los veraniegos vestiditos que las envuelven deseas que tu acompañante se fije en alguna de ellas y se olvide de Lola. Siempre has sido muy fantasioso, ya lo decía tu madre. Te sobra tiempo para construir una bonita historia de amor entre la más alta y él, tu amigo, ajeno a todo, juega con el mechero. Al cabo de un rato ambos miráis la hora en el reloj de vuestros móviles. Pasan treinta y seis minutos de la supuesta cita. Casualmente Lola entra por la puerta con un trapito ceñido a ese cuerpo tan desprendido en curvas. Pese a su metro cincuenta y cinco, transmite algo mágico que os cautiva. El camarero le hace un escáner similar al que estáis ejecutando Víctor y tú. Os levantáis para darle dos besos, y el otro le da tres con la excusa de que las niñas bonitas vienen con uno de regalo. Levántate y vete a la barra. Desde allí pregúntale qué quiere. Se pedirá un roncito. Ya en la mesa le lloverán preguntas. Os contestará con ese tono meloso que tienen las chicas del sur, dejando que las palabras se mezan entre los algodones de sus agudos, rotos por ese seseo tan impropio en los zaragozanos. Los dos embobados reco-

rreréis varias veces la distancia que separa sus labios de sus ojos, empleando todos los gestos y ademanes que denoten escucha activa. De vez en cuando mírale con disimulo los pechos. Puede ser primitivo, pero te sale de manera natural y además denota un interés mayor al de una simple amistad.

Pasadas dos horas los tres tenéis una cierta chispa producida por el poderoso influjo del alcohol. El listo introducirá entonces el tema de los festivales. Es su se-ñuelo. Siempre que quiere ligar lo hace para sorpresa de todos sus amigos, pues solo habrá ido a un par de ellos en toda su vida. La guapa os señalará que el año anterior estuvo con el Negro en el Festival de los Monegros, y que se lo pasaron en grande. El otro, con el afán de protagonismo, la interrumpirá comentando que no entiende como tiene éxito un festival en medio del desierto. Es tu oportunidad. Dile a Víctor que es más de pueblo que las boinas. Siendo de Zaragoza debería estar penado ese tipo de comentarios. Explicale con el mismo tono condescendiente con el que le hablarías a tu sobrino de cuatro años, que realmente la zona de los Monegros es árida pero que está lejos de parecerse a un desierto. Coméntale que de hecho en esa zona puede encontrar agricultura, y si no se lo cree un día le llevarás de la manita. A Lola parecen divertirle tus comentarios, pero no te pases pues los excesos generan el efecto contrario. Tras una pausa él intentará embestirte exponiendo lo ridículo que resultas cuando te pones pedante. Espétele que confunde conocimiento con pedantería, y que no hable si no sabe.

Lleváis un cuarto de hora con ese tema. De vez en cuando ojeas cómo Lola sigue la discusión. De momento no parece aburrirse. Entiendes que con las tonterías

que está soltando tu amigo es normal. En ese momento Víctor empezará a divagar con las temperaturas, que si seguramente sean superiores a las normales, que nadie puede aguantar pateando sin agua por los Monegros en verano, que por mucho que trabajes en un restaurante y te nutras de la sabiduría popular agazapado detrás de una barra, no lo sabes todo... Enfádate. Estás cansado de que el pijo saque su superioridad académica a relucir. Llámale patán, y dile que por muy bien que se le den los estudios, no tiene ni idea de nada, que es tan torpe que con veinticinco sigue viviendo de la paga que le dan sus papás, y que tú has pasado los veranos de tu infancia en Sariñena y que algo sabrás del clima. Después búscate disimuladamente en el cristal y comprueba que no estás sonrojado. Sabes que la afirmación que has hecho no es del todo cierta y que aunque tu padre sea de Sariñena, apenas habrás invertido un par de quincenas de tu vida, pues la relación de tu madre con la familia paterna no ha sido nunca la más fluida.

El tema parecerá agotado y de hecho la sureña empezará a bostezar. Consciente de que hay que echar más leña al fuego, Víctor decide plantearte un órdago y te comenta que tan listo que eres y tan poco desierto que resulta ser los Monegros, a que no tienes coraje de recorrer una distancia de cincuenta kilómetros sin agua. Ríete a carcajadas. Muéstrale todos tus dientes, como si fuera un niño pequeño del que se mofan sus padres. Hazle una carantoña para que la burla sea más evidente. Te mirará desconcertado, como si no supiera a qué viene esa airada respuesta. Le pondrá precio a la apuesta. Mil euros. Ni te lo plantees, no estás para esas chiquilladas, ya eres mayorcito. Además, aunque no sea un desierto al uso, calor en esta época hace hasta en Groenlandia.

Cuando tienes clara tu posición Lola apuntillará que le parece muy buena idea, y que le excitan los chicos que los tienen bien puestos. El comentario ha sido como un soplido sobre tu castillo de naipes. Se derrumbarán todas tus certezas y aunque en un principio creerás que tal vez la chica sea más infantil de lo que te creías, pronto dejarás paso a una realidad más rotunda: “sea lo que sea, está muy buena”. Te pararás un segundo y colearán las dudas: “A lo mejor el Negro con todas sus cosas de pequeño *diler* de barrio tiene más sentido que Víctor y tú juntos. O a lo mejor no, pues una Lola como premio final es mucho más que mil euros”. Acepta la apuesta, pero no te precipites, hazte de rogar con el mítico: “no me vuelvas a decir eso, Lola, o me lanzo al ruedo”.

Tras veinte minutos de entretenida divagación ya estáis buscando en internet una ruta posible. Cuánto bien han hecho los móviles –comentas–. Arrepiénte-te más tarde de la afirmación, pues pese a los avances tecnológicos no localizáis un sendero con las características que estabais buscando. Mientras, en la copa se derriten los últimos hielos que han servido de aliados en vuestra obstinada lucha por terminar con el alcohol de ese lugar. Lola planteará abandonar el local, para ir a dar una vuelta. Os miráis ambos, y afirmáis sin dudar. Si Lola pide algo, ya estáis tardando. En la calle Víctor sugiere alternativas para el reto, Lola mantiene un juego entre sus piececillos y los adoquines, y tú te lías el tercero del día y primero de la tarde. A Lola se le ha ocurrido una idea que comenta en alto: “buscad rutas de bicicleta, a lo mejor encontraréis algo”. A veces resulta tan certera como tu madre cuanto te planteaba alternativas inteligentes ante las enconadas discusiones que mantenías con tu hermana. Media hora después, sentados sobre un banco, ya habéis decidido el recorrido. Te

llevarán a Villanueva de Sijena donde emprenderás el camino hasta Valfarta y de allí paralelo a autonómicas irás a Castejón de Monegros, donde te estarán esperando tus amigos, con mil euros en el bolsillo y una sureña afincada en Zaragoza, abrumada ante tanta hombría.

Ahora solo queda negociar los pormenores. Comenta que el dinero tiene que estar a buen recaudo, para que nadie se eche atrás. Decidís llamar a Luis para hacerle partícipe, pues a los tres os parece bien que él haga de árbitro. Tras contactarle os reunís en La Gramola. Entre una cosa y otra ya son las nueve de la tarde. Aprovechando el cambio de rumbo Lola os dice que se tiene que marchar, que ha quedado a las nueve con un amigo y que ya llega tarde. Te cae como un jarro de agua fría, pero lejos de venirte abajo le comentas que la quieres ver mañana madrugando para que sea testigo de tu hazaña por ese gran desierto que esconde Aragón. Conseguirás arrancarle una sonrisa, ante la impávida mirada de Víctor que debe estar rumiando sobre el posible competidor por el que os abandona. Establece la hora y el lugar en la que la recogeréis pues conoces a Lola y una sonrisa no es garantía de nada. Al final, tras tanta insistencia accederá a acompañaros. Quedáis en pasaros a las ocho por su casa. Tras despediros de ella permaneceréis un rato callados. Te das cuenta de que a Víctor le han echado el mismo jarro de agua fría, y los dos podríais estar tiritando, pero vuestra condición de “machotes” os impide lamentaros. En tu interior eres consciente de que nada está perdido y depende del buen papel en la apuesta que termines conquistando a ese amor platónico del instituto.

Al poco de irse Lola con el desconocido aparece Luis, que con tono guasón te empieza a hacer preguntas

sobre el reto. Tras el vacile pertinente cerráis la apuesta. Aunque en un principio la idea es que vayas con una botella de agua, declina esa posibilidad, pues cuando se hace algo, se hace a lo grande y tus ganas de impresionar sugerirán que solo lleves lo puesto, que para algo has dicho que eso ni es un desierto ni es nada. El dinero, los dos mil euros, los llevará Luis en un sobre, y se los dará al ganador. Serás tú si completas el recorrido sin llamarles por teléfono, y lo será Víctor si en el medio del mismo les pegas un toque para que te vayan a buscar. Eso sí, dado que no hay agua acuerdas no tener un tiempo marcado, entre otras cosas porque desconocéis lo abrupto del terreno, y tampoco es que tú seas un afamado senderista que maneja bien los tiempos de tu alegre marchar. Para moverse utilizarán el todoterreno de los padres de Víctor, con el fin de que la logística no falle y puedan acceder a cualquier rincón en el que deesees rendirte. Lo que resta del tiempo hasta que te vayas a descansar pásalo hablando de la apuesta, comentando lo equivocado que está Víctor de sus predicciones y lo bien que te va a venir su dinero.

El día ha estado bien, y si no hubiera surgido el envite, seguramente agotarías la noche entre locales, copas y ocurrencias (comprobando la eficacia del desodorante). Pero hoy no toca. Despidete antes de las doce. No sabes de dónde sacará Víctor el dinero para tener mañana todo el importe, pero tú necesitas acudir al cajero en días distintos al tener un tope, además estaría bien que durmieras unas horas. De camino a donde has dejado la moto imagínate un mundo perfecto, mientras te lías el último *cigarrillo* del día. Sigues siendo un soñador como cuando tu cerebro se perdía los dictados en el cole persiguiendo alguna musa. Ahora las imáge-

nes que te llueven son las de Lola dándote un pico tras completar la jornada en tiempo récord. Llegarás al cajero sin darte cuenta. Saca quinientos euros, y espera a que el reloj cambie de día para sacar otros quinientos. Métete el fajo de billetes en el bolsillo, y completa el recorrido hasta la moto desconfiando de todos los transeúntes, pues encima escondes más de un jornal.

Ya en casa, déjate por mentiroso y líate, ahora sí, un último *cigarrillo*. Tus padres todavía no han vuelto. Los sábados suelen quedar con los amigos para tomar algo. Déjalos una nota explicando que mañana te vas con los colegas a dar una vuelta y comer en Sariñena, que te ha entrado la nostalgia. Luego tírate en la cama. Da cinco vueltas para un lado, y tres para el otro. Repite esa acción tantas veces como sea necesario hasta que por agotamiento tus párpados te sumerjan en un profundo sueño.

A la mañana siguiente el móvil sonará repetidas veces. Lo apagarás como suele ser habitual. Y a los diez segundos lo volverás a escuchar. No es la alarma, es Víctor. Tanto *cigarrillo*, tanto *cigarrillo* has olvidado programarla. Son ya las ocho, y a esa hora teníais que estar a los pies del piso de Lola. Pide disculpas y comenta que tardarás muy poco. Coge el calzado de salir a correr que hace medio año que no utilizas y ropa cómoda. Unos pantalones cortos de jugar al fútbol y una camiseta. Mete una sudadera en la mochila, el móvil y no te olvides del dinero de la apuesta. Cuando vas saliendo por la puerta, recordarás que no llevas las gafas de sol, vuelve sobre tus pasos y mételas también en la mochila. Abajo te encuentras a tus dos amigos. Te recibirán con una enorme sonrisa, y afirmarán que ellos no tienen prisa y que a ese ritmo cuando comiences a caminar el sol va a estar en todo lo alto.

Con Víctor al volante os plantaréis en media hora en el portal de Lola. Y a las nueve estaréis tirando para el desierto de los Monegros. Lola sigue igual de guapa que el día anterior, y se acopla a vuestras bromas con la misma armonía con la que una bandera baila al son del viento. De camino a Villanueva de Sijena, nada más salir de Zaragoza's City, paráis en una gasolinera a desayunar. En la parada Lola aprovecha para sacar, de su bolso de cuero, un mapa físico de la zona que ha impreso de internet. Cuando te lo da, menciona que por muy valiente que seas no tienes *superpoderes* y que te vendrá bien para tener un mínimo de orientación. Le das las gracias. Abusa del lenguaje y dile que no sabrías qué hacer sin ella. Ella se sonroja levemente, y Víctor, que no ha perdido ripio, mira para otro lado. Si te habías levantado algo dubitativo con respecto al reto, ese detalle despeja la bruma. Antes de iros de la estación de servicio, invita Luis y te pide que te lleves una botella grande de agua, que va a hacer bastante calor, y con el simple hecho de caminar cincuenta kilómetros tienes suficiente. Se lo agradeces pero deniegas la propuesta. Apelas a que lo hablado es lo hablado, y que cuando uno cierra un trato, es de señores no modificarlo. Te replicará que tú sabrás, que cada uno es libre en sus elecciones y esclavo de sus locuras.

Entraréis en el coche. Mientras sigues bromeando con Lola, Víctor le preguntará qué tal con su amigo de la noche anterior. Piensa en las malas formas. Está celoso y ante la inclinación de la balanza intenta desestabilizarte. Lo hace desde que erais pequeños, y te comentaba que fulanito o menganito hacía trampas en los juegos para que tú perdieras. No le hagas caso, es todo envidia. Lola tampoco entra en muchos detalles.



Pídele a Luis, que va de copiloto, que suba el volumen de la música. Sonará esa canción de Iggy Pop que tanto te gusta. Crees recordar que se titula “The passenger”, pero eso tampoco es relevante ahora. Abre la ventana y saca la cabeza para sentir la libertad de quien elige su propio camino. Una bocanada de aire caliente golpea tu rostro. Vuelve a meter la cabeza y mira el reloj. Ya son las diez de la mañana. El termómetro del salpicadero marca treinta grados. Se avecina una jornada complicada –piensas–. A treinta minutos del lugar, Luis viendo tu cara de preocupación, te insiste con lo de la botella de agua. Le respondes con terquedad que no sea pesado. Lo que resta de viaje lo hacéis en silencio con la música más alta que antes.

Al poco Víctor pone el intermitente. Un cartel indica dirección Monasterio de Santa María Reina. Metros después detiene el coche. Ya estáis en la pista denominada Vereda del Sabinal, que te conducirá a Valfarta. Se bajan todos a despedir al héroe. Los miras sorprendido. Se asemejan a un grupo de rock. Víctor con sus gafas de aviador parece el bajista del grupo; Lola, con ese vestido corto, podría ser la cantante y Luis, sin duda con esos brazos y esas barbas, sería el guitarrista. Antes del adiós te pregunta Luis si lo llevas todo. Le respondes que te falta Lola, pero que esperas encontrarla al final del trayecto. Lola vuelve a sonreír. Susúrrale que más claro no se lo puedes decir. Luego vagamente les sugieres que no se preocupen, que llevas el móvil y energías renovadas. Sin más dilación empieza a caminar. Tienes mínimo ocho horas de paseo, y ya llegas tarde.

Atrás tus amigos te desean suerte. Incluso Víctor. El día no es muy halagüeño para desear el mal a un afecto. Camina a buen ritmo, y mira a tu alrededor.

Todo son cultivos. Eso no se asemeja a ningún desierto que conozcas, aunque ahora que lo piensas no conoces ninguno. Recuerdas a Lola y el vestido. Lo bien que le sentaba el vestidito ese. Bueno, ese, el de ayer, y cualquier vestido. No te explicas cómo a una mujer le puede sentar tan bien cualquier cosa. Llevas un buen ritmo, y el ánimo también acompaña. Te cruzas a un paisano que va en tractor en la dirección contraria. Salúdalo. Te devolverá el saludo y se llevará la mano a la frente. Sonríele, no sabes qué te ha querido decir pero te lo imaginas. Al poco cruzas por un puente. Bajo el mismo un sendero pedregoso emula el rastro de un río que en algún momento del año debe tener agua. En la otra orilla del recuerdo te espera un secarral auténtico. Ya no hay verdes secos, tostados. Todos son tonos apagados, ocres. El mismo color que la piel de la sureña. Seguro que es una piel dulce. Ya la probarás –te dices–. Ese color tostado evoca otros senderos. Sin darte cuenta, un numeroso grupo de gotas se ha asomado a tu frente. Límpiatelas, o si no el boca a boca hará que sus compañeras se asomen también. No da resultado, y al minuto tienes más de una recorriendo tu cara, con total impunidad. Vuelve a secarte, igual no han entendido el mensaje. La misma acción tiene como resultado un bullir líquido por tu cuerpo. Cuando vuelves al presente, el camino pica para arriba y las zonas de la camiseta aledañas al cuello están chorreando. Debes estar a treinta y cinco grados. El sol te apunta de frente con su dedo. Parece acariciarte con la yema. No te resistas. Disfrútalo, o el camino se te hará muy largo.

El sudor ya es parte de tu piel. Ocupa todo tu cuerpo, y tus muslos van resbalando al contacto con el contrario. Nadie valora el sudor, pero hace que todo flu-

ya, que dos cuerpos ajenos resbalen, que se mimeticen, que hagan las paces con los fluidos del otro. De nuevo piensa en Lola. Todos los caminos llevan a Lola, a esas piernas cortitas, de gemelos marcados y muslos prietos. Sudarán como sudan tus piernas, haciendo las paces con tus muslos. Confundiréis sudores cuando al final ambos os rindáis al otro. Aunque tú ya hace años que te has rendido. Ahora solo te separa un sendero arenoso de la ansiada conquista.

Paso a paso te adentras en un terreno cada vez más yermo. Haces una pausa, para dejar que el corazón se exprese. Llévate la mano al pecho. Nota como llama a la puerta. Es el amor, indefectiblemente está ahí, guiando cada uno de tus pasos, marcándote las huellas a seguir. Reanudas la marcha. Escucha como las chicharras aplauden tu ritmo. Son numerosas, discretas, bueno, más bien son chismosas. Siempre comentando el pasear de fulanita o menganita por tierras hostiles. Pero ahí están, en medio de su cálido paraíso. Dueñas del silencio sepulcral de un sendero vacío. No intentes dialogar con ellas. Son unas marujas curiosas y extrañadas ante tu caminata.

Cómo se va a quedar Víctor cuando pierda los mil euros y la posibilidad de tener algo con Lola. Para un segundo. Date la vuelta. Ya has andado suficiente para perder el inicio del camino. Estás recorriendo una zona plana aunque más alta que lo de alrededor, y todo es marrón. El sol se ha puesto de visera sobre tu frente, cegándote de vez en cuando pese a la protección de las gafas. Busca en la mochila el móvil. Encuentras de camino la sudadera. No hay nada más ridículo que encontrar cosas en una mochila que carecen de cualquier sentido. Ese lugar no te va a dejar tregua. ¿Creías

que en algún momento el calor iba a dar paso a los vientos húmedos que azotan la costa canadiense? Siéntete ridículo, sin necesidad de que tu madre sea cómplice. Son las doce y media, te lo dice el móvil. Llevas casi dos horas caminando, y ahora todo es cuesta abajo. Antes de guardar el teléfono fijate en la batería. Te queda un tercio. Tenías que haberla puesto a cargar anoche, pero tanto *cigarrillo*, tanto *cigarrillo*... haces las cosas fatal. Primero lo de la alarma, ahora la batería...

El caminar se hace más alegre, resbalando con las zapatillas sobre el polvo que compone el sendero del Sabinal. Y tras de ti una pequeña estela de partículas suspendidas. Todo es extremadamente seco. Como tu lengua, tu paladar, tu laringe y tu tráquea. Imagina todos los conductos de tu cuerpo. Les pones cara, con sus tonos rosados, completamente quebrados igual que lo está el suelo deshidratado que vas encontrándote en el camino. Arrepiéntete un poco de no haber traído agua. Al principio hazlo de manera leve. Una cosa es no tener abuela y querer hacer las cosas a lo grande y otra es ser tonto de remate. Y en esta ocasión estás más cerca del segundo perfil. El pequeño enfado se va agrandando. Deberían poner tu cara de patán en fotografías, de frente, bajo las letras "WANTED". No se puede ser más ridículo —piensas—. Todo para impresionar a esa chica extrañamente atractiva, dueña de los seseos más seductores que jamás han escuchado tus oídos. Agárrate a ella, a sus curvas, a esos ojos grandes, a ese rescatar vestidos. Es tu tabla de salvación. Es tu meta, es el final del camino.

La camiseta está chorreando. Decides quitártela y colocártela de turbante, como cuando con quince años ibas de excursión en bici con los colegas. Tu torso está

empapado, tu leve tripita es ahora una pista sobre la que se deslizan miles de gotas, mojando el elástico del pantalón corto. Escucha de nuevo. Tus pensamientos habían enmudecido a las chicharras, pero siguen ahí. Ahora el rumor es más grande. Deben estar comentando lo atractivo de tu figura, ligeramente descuidada. El sol ha posado la palma de su mano sobre la parte posterior del cuello. Tampoco has llevado crema protectora. El calor se burla de ti. Imagina a tus amigos, apoyados en el todoterreno de los padres de Víctor, apuntándote con el dedo y sonriendo. Duda, no has sido el seductor más inteligente de todos. De hecho, tal vez hayas sido bastante torpe como seductor. ¿Quién te manda meterte en medio de un secarral en pleno julio? Tu madre te daría una colleja si te viera.

Tu andar ha perdido el ritmo alegre del comienzo, es más torpe, tosco. Dejas que los brazos avancen a su antojo. Enfádate con la decisión tomada. ¿Y si, pese a todo, no contentas a la diva de Lola? Adiós a sus tonos ocres, al calor que desprende su piel. Adiós a la luminosidad de su sonrisa. Las chicharras parecen comentar la jugada. Mándalas callar. Entre tanto el móvil empieza a quejarse. Atiéndele, a ver qué quiere. Lo sacas del bolsillo exterior de la mochila, son las tres de la tarde y la carcasa arde en tus manos. Está en mínimos la batería. Mientras te lamentas, pisa de costado una piedra, que como muchas riegan la sequedad del lugar. Tuércete levemente el tobillo. Mientras caes, se escapa el móvil que cae un par de metros más adelante. Doblas la rodilla y apareces sentado sobre el polvo. Te duele la zona, como cuando jugabas al fútbol y cada dos por tres estabas lesionado. Se acabó. Tienes un esguince. Es una sensación cercana, casi como de la familia, como un

primo al que ves en verano. Quítate el calzado y mira la envergadura de ese primo. Tienes el tobillo hinchado. No es pequeño el esguince –concluye–. Laméntate en alto. Grita algún improperio a ver si amedrentas a las chicharras. Ya solo te queda llamar. Has perdido mil euros, aunque a lo mejor enterneces a Lola.

Arrastras el culo por la tierra hasta llegar al móvil. Ahora toca la humillante llamada. No pierdas tiempo, tampoco hay que demorar las cosas, y el tobillo así de hinchado no requiere segundas opiniones. Marca a Luis y explícales que estás a medio camino de Valfarta con un esguince. Le das a llamar, y el móvil termina de agonizar. Se ha parado. Lo que faltaba. Cabréate, cógelo y lánzalo lejos a ver si matas a alguna chicharra. Las condenadas siguen coreando tu nombre. El sol parece darte collejas y en tu cerebro piensas en el rescate. Tu tendencia fantástica bromea con lo sucedido. ¿Y si tu corazón decide abandonarte en medio de la estepa? Eso no pasará. Hace calor, mucho calor, pero no tanto. Ya, pero... ¿y si se cansa de latir? No contemplas esa posibilidad. De hecho es más probable que tus amigos se distraigan un poco y se demoren diez días. Tal vez si eso sucediera serías alimento para los buitres y cuando encontrasen tus restos, en el apartado de sucesos del *Heraldo de Aragón* abrirían con el titular “Murió por amor”. No obstante la realidad resulta más predecible. Ponte la camiseta no te vayas a quemar. Tus amigos pueden tardar todavía varias horas, hasta que imaginen que algo ha pasado. Túmbate a esperarlos sobre la mochila y para entretenerte escucha lo que dicen las chicharras pues aunque no eres dado a cotilleos, no hay nada mejor que hacer.









**Los Monegros**  
CONSEJO COMARCAL

